

Surrealismo, situacionistas, ciudad y Gran Aceleración

Por una psicogeografía del *ahí* en la era de la crisis ecológica¹

Emilio Santiago Muíño

Universidad de Zaragoza / emilio.santiago.muino@gmail.com

Resumen

La psicogeografía y otros juegos poéticos con el espacio urbano, que surrealistas y situacionistas entendieron como armas de cambio revolucionario, deben ser analizados en sus contextos socioecológicos e históricos específicos. Así, la época canónica de la psicogeografía hay que entenderla en el marco de la realidad metabólica de la Gran Aceleración y su efecto sobre la ciudad, con el paso del carbón al petróleo como centro de nuestra matriz energética. El artículo analiza estas conexiones e indaga en las nuevas realidades socioecológicas que una psicogeografía del siglo XXI debe asumir como punto de partida: la consumación de la ciudad neoliberal y la crisis ecológica de la civilización industrial.

Palabras clave

psicogeografía; situacionismo; surrealismo; gran aceleración; crisis ecológica.

Psicogeografía, economía política y ecología cultural

Durante el transcurso del siglo XX, surrealistas y situacionistas se lanzaron a investigar poéticamente el espacio cotidiano urbano, el que se vive a escala subjetiva, mediante diversos procedimientos que daban a la costumbre convencional del paseo un significado revolucionario (Ivain, 2001; Debord 2001a, Debord 2001b, Aragon 2016, Breton 1996, Breton 1997, Breton 2000). Por economía del lenguaje, llamaré a toda esta nube de prácticas poéticas y políticas "psicogeografía", aunque esta es una metonimia muy grosera, ya que los surrealistas hacían psicogeografía antes de que el término existiera, y después nunca se encontraron cómodos con él. Esta generalización obviará también las diferencias sustanciales entre ambas propuestas, que ambos grupos expresaron en polémicas alrededor de cuestiones como el papel de la razón, la imaginación y el inconsciente, la influencia del azar y la determinación, o el uso de según qué métodos de registro de la experiencia poética. Para la reflexión que aquí se pretende se enfrentará esta galaxia diversa y compleja más por lo que tienen en común que por lo que los separa. Y lo que unió a ambas propuestas fue el intento por hacer del callejeo urbano una conducta experimental y liberadora, que fusionara poesía y vida cotidiana, y fuera además prefiguradora de una

nueva construcción cultural a la altura de las promesas comunistas de una sociedad sin clases.

En esta tarea, surrealistas y situacionistas realizaron un movimiento intelectual en la estela del que desplegó Walter Benjamin con la crítica y reivindicación de la *flânerie* decimonónica (Benjamin, 2007). Pero a diferencia de Benjamin, acentuaron las dimensiones emancipadoras del *flâneur* frente a las represivas, adaptando el paseo libre a las circunstancias de su tiempo y, sobre todo, a sus latencias revolucionarias... Una época que si hubiera que caracterizar en pocas palabras, lo más acertado sería denominarla como la rampa de lanzamiento de la Gran Aceleración, por utilizar el concepto del ecólogo Steffen (2015). La transición energética del carbón al petróleo, que comenzó en el periodo de entreguerras y culminó hacia mediados de los años sesenta, supone el comienzo del despeque vertical de la curva de impactos múltiples que nuestro metabolismo dibuja sobre los límites del planeta. Este periodo, que en parte se solapa con la era keynesiana fordista, fue el tiempo de la psicogeografía canónica.

El inicio de la Gran Aceleración imprimió sus rasgos en la práctica psicogeográfica. En primer lugar, la psicogeografía no se entiende sin la aparente confirmación de que la hipótesis de la abundancia material, fruto del dominio de la naturaleza, y que alimentaban el mito occidental del Progreso desde Bacon, se había cumplido. A partir de 1945, como señala Galbraith hijo (Galbraith, 2018), el petróleo barato sentó las bases de un patrón de crecimiento constante que hizo verosímil el horizonte de un orden social post-económico, como el que imaginaron Marx y Keynes desde lados distintos de la guerra de clases. Si el *flâneur* era una adaptación a un orden mercantil todavía frágil (Lesmes 2011), un siglo más tarde los surrealistas, y especialmente los situacionistas, se enfrentaban a un orden mercantil maduro, donde comenzaban a despuntar fenómenos como el acceso de las capas populares occidentales al consumo conspicuo.

Por ello tras la Segunda Guerra Mundial el ocio o tiempo libre pasa a ocupar un espacio central en la especulación emancipatoria. Pero a diferencia de la ociosidad decimonónica del *flâneur*, que seguía siendo un privilegio restrictivo para las clases medias urbanas, las altas tasas de retorno energético del petróleo barato, unidas a los progresos dados en la lucha de clases, democratizaron en los países desarrollados el acceso a tiempo libre a una escala mucho mayor (Debord 1967). Además, la necesidad del capital de extraer del trabajador un segundo momento de colaboración económica imprescindible, en forma de consumidor, abrió un enorme campo de batalla política sobre cómo ocupar ese reclamo. La psicogeografía situacionista se concibió a sí misma como una suerte de antipublicidad, en lucha por el control del comportamiento humano, dentro de un programa cuyo fin era introducir nuevos deseos que arruinaran el paradigma burgués de felicidad.

La tromba de petróleo barato inundando hasta la última célula del metabolismo socioeconómico también empezaba a mostrar sus efectos en el espacio cotidiano mediante una mutación radical del teatro de operaciones de la psicogeografía, la ciudad. Así comenzó la autocracia del automóvil, ese barón Haussmann despiadado que se puso a reconstruir dictatorialmente todas las ciudades del mundo a imagen de la racionalidad circulatoria y la consecuente administración de sus propias nocividades (atascos, contaminación). Su ansia destructiva se ensañó especialmente con los cascos históricos (Mumford, 2012).

La ampliación de las distancias cotidianas practicables permitió a la ciudad romper el *hinterland* rural que siempre la había contenido, y del que aún se alimentaba en buena medida, desparramándose por el territorio en forma de suburbios residenciales para ricos, y ciudades dormitorio para pobres, en las primeras manifestaciones de eso que Naredo ha llamado el melanoma urbanístico (Naredo y Montiel, 2011). En un círculo vicioso perfecto, los motores diésel de la maquinaria agrícola vaciaban los campos, los nacionales y los de las antiguas colonias, ofreciendo la mano de obra ahora proletaria que debía llenar los bloques residenciales de las *banlieues*.

El vuelo chárter, otro vástago del petróleo barato, dio el disparo de salida a la democratización del turismo. Las ciudades del mundo capitalista fueron interpeladas por un nuevo régimen de competencia que las obligaba a autorrepresentarse de un modo inédito: resultar atractivas no para sus habitantes, sino para sus visitantes. Y así captar flujos de viajeros, con sus correspondientes cifras de gasto medio, que estimulaban inversiones con altos retornos.

Todo este concentrado de tensiones sociales, que tenía su correlato en tensiones espaciales, abrió uno de los campos de colaboración Estado-mercado más lucrativos del capitalismo moderno: la gentrificación, ese "cambio en la población de los usuarios del territorio tal que los nuevos son de un estatus socioeconómico superior al de los previos, junto con un cambio asociado en el medio construido a través de una reinversión en capital fijo" (Clarck citado por Sorando y Ardura, 2016: 21). Apoyado en una buena dosis de violencia institucional de baja intensidad, el abandono selectivo de barrios enteros para su posterior reconstrucción y revalorización a precios estratosféricos, se impuso como la hoja de ruta privilegiada hacia la prosperidad urbana. Este no era un proceso nuevo. París lo había vivido ya en el Segundo Imperio con Haussmann, la apertura de los grandes bulevares y su contraparte, la creación de Belleville. Y ha sido sin duda el neoliberalismo la época dorada de la gentrificación. Pero fue en esta etapa en la que se sentaron las bases conceptuales de la fórmula,

teorizadas y puestas en práctica por Robert Moses en Nueva York, gracias a la ampliación del radio de acción ofrecida por la ciudad del automóvil.

Debe señalarse que la psicogeografía canónica se desarrolla en un momento muy específico: el inicio de este proceso de destrucción de la ciudad histórica por el capitalismo del petróleo. La devastación del coche, o la expulsión de los pobres del centro, se sentían como amenazas. Pero eran todavía territorios en disputa política. La psicogeografía nació además en París, que contaba con los anticuerpos propios de un suelo social volcánico, que en cada una de sus frecuentes erupciones populares sedimenta conquistas para los de abajo. Concretamente, una regulación del mercado del alquiler que comparativamente tardó muchísimo en desmontarse (Sorando y Ardura, op.cit.). No obstante París tampoco ha sido ajena a este proceso global. Si uno coge la obra de Debord, puede trazar una declinación melancólica que corre en paralelo a la constatación de la victoria del capitalismo sobre los situacionistas en esa batalla por definir la geografía humana de París.

De la destrucción neoliberal de ciudad a la devastación ecológica del mundo

Pero las circunstancias que impone el siglo XXI son radicalmente otras. Poner la psicogeografía en hora con nuestro tiempo implica un doble ajuste: asumir las sedimentaciones de la ciudad neoliberal y anticiparse a la quiebra ecológica de la modernidad, que ya está en marcha. Y que si bien se despliega a cámara lenta, marcará como ninguna otra cosa todo el curso del siglo.

Lo primero que podemos confirmar es que las propuestas surrealistas y situacionistas también se han desgastado en la guerra del tiempo. En la segunda década del siglo XXI la civilización lúdica con la que fantasearon los situacionistas se ha cumplido de modo tenebroso con la implantación de la industria del videojuego. Si los situacionistas recelaban del uso capitalista del cine como fábrica de situaciones simuladas, que permitían compensar la pobreza experiencial de la vida cotidiana con un sucedáneo audiovisual, el videojuego ha consumado este efecto sustitutorio. De modo más eficaz e invasivo, por su carácter participativo, y además comunitario con el fenómeno del juego online, hoy todos podemos jugar virtualmente en miles de situaciones construidas distintas, cada vez más impresionantes y realistas.

La referencia al videojuego no es anecdótica, y da pistas sobre una de las grandes soluciones de continuidad impuesta por la ciudad neoliberal: la revolución digital moldeada al servicio de la acumulación de capital y de las

necesidades de regulación social que de esta se derivan. Las consecuencias son múltiples. Pero afectando de la peor manera posible a una vivencia poética de la ciudad que provoque tensiones emancipatorias fértiles, cabe destacar eso que Santiago Alba Rico llama la "desterritorialización tecnológica de la percepción" (Alba Rico, 2017: 223). El bucle de aceleración social tiende idealmente hacia la ciudad sin cuerpos (físicos y biológicos). Esto es, hacia la ciudad sin fricciones, que con su grosera instanciación material en las leyes de la termodinámica (la erosión de un edificio, la vejez o la enfermedad de una persona) frenan el ritmo creciente que necesita la estafa piramidal de los beneficios monetarios expansivos. Cuando el mundo entero se traduce a una capa de información digital que puede ser instantáneamente emitida y recibida desde cualquier punto, la ubicuidad de la presencia afantasma el lugar del mismo modo que la exposición social permanente vampiriza el cuerpo humano y su personalidad, sometida a un trabajo identitario sin fin que debe ser proyectado en las redes como condición de supervivencia social.

Esta conversión de la persona en empresaria de sí (Moruno 2015) no se puede desligar de las transformaciones posfordistas de un mercado de trabajo que se parece, cada vez más, a un bote salvavidas que se deshincha poco a poco en medio de un naufragio, y del que sobre cada vez más gente. Como tampoco se puede desconectar el buldócer de la digitalización, que suprime las distancias y con ella las diferencias espaciales y culturales de nuestras ciudades, de la libre circulación de capital como condición de rentabilidad en mercados de inversión sobresaturados. Lo digital, cuando sirve a la física social que impone el agujero negro de la autovalorización del valor, supone un movimiento de eterealización que funciona al revés de aquel que defendió Lewis Mumford como síntoma de madurez de toda civilización. Para no sucumbir de gigantismo todo orden social se enfrenta en un momento dado de su desarrollo al problema de la cantidad, que obliga a volver etérea su dinámica interna, y sublimar "la masa física en energía psíquica" (Mumford, 2012: 888). Pero la combinación de capitalismo y tecnologías digitales ha ofrecido una respuesta alternativa: aprovechar la eterealización digital como nueva frontera, potencialmente infinita, a través de la cual el proceso de expansión convencional puede continuar. El carácter ilusorio de la desmaterialización neoliberal lo demuestran los altos impactos energéticos y materiales de las TICS, que han sido estudiados por la economía ecológica (Bellver, 2018).

La desterritorialización de la vida social, puesta al servicio de la movilización económica permanente, ha tenido impactos urbanísticos y sociológicos evidentes. En España, la mejor representación de esta lógica son los nuevos PAUs. Estos barrios residenciales, diseñados como manzanas cerradas sobre sí mismas, son la coagulación del discurso neoliberal en esos estratos

antropológicos profundos sobre los que solo se actúa con políticas públicas constantes en el tiempo. En ellos predominan las corralas con equipamientos privados, sin terrazas exteriores ni bajos comerciales, por tanto sin tiendas de barrio y sin apenas calle como espacio de interacción social. La lógica de la cápsula, que está inserta en las inercias de nuestro sistema técnico, y la lógica de la secesión social que el neoliberalismo impulsa en las capas económicamente privilegiadas, se fusionan en una arquitectura de confinamiento físico autoinducido que se contrapesa con tres vías de escape. La primera la de la noosfera digital, que se sobrevuela desde el teléfono móvil convertido en dron. La segunda el del automóvil que permite alcanzar las dos ágoras sociales fundamentales del siglo XXI: el centro comercial y ese otro mercado más sofisticado que son los centros de las ciudades históricas, gentrificados bajo el gobierno de lo que Zukin (1982) llamó "pacto entre la cultura y capital". El tercero, el aeropuerto desde el que se accede a los destinos turísticos globales en la medida del poder adquisitivo de cada uno.

El turismo normalizado como derecho de masas introduce una tercera discontinuidad que la psicogeografía del siglo XXI no puede obviar. Y que se conecta con otra importante transformación antropológica del neoliberalismo: su antipuritanismo. El hedonismo de masas que estremeció a Pasolini por su poder de dominación se ha situado en el centro mismo de nuestros ritos culturales. El placer obligatorio y la prohibición del aburrimiento son las dos caras de un mismo dogma: lo que se decía antes del videojuego se podría afirmar también del deporte, del consumo compulsivo de cultura en forma de música, cine, series o gastronomía, o de desregulación total de los códigos de la vida sexual que imponen fenómenos como el Tinder. De todo este cúmulo de experiencias placenteras, el turismo destaca por encima del resto. Lo hace, entre otras razones, por su alta rentabilidad en esa otra imposición neoliberal que es la construcción de la marca personal. La pornografía vitalista de la que se alimentan Facebook, Twitter o Instagram, y que es funcional a la supervivencia en las condiciones de precariedad económica imperantes (aunque estas no agoten el fenómeno, ayudan a explicarlo), tiene en el viaje su clímax, su momento culmen. Cuando alardear-envidiar es el vaivén psicológico básico que rige el uso de estos espacios digitales de voyerismo promiscuo, hay pocas cosas mejores de las que presumir que una visita a un paraíso exótico.

A nivel global, el cambio de siglo arrojaba la cifra de 678 millones de turistas, lo que implicaba a un 11% de la población mundial. En el año 2019 1.400 millones de personas han practicado alguna forma de turismo, lo que agrupa a un 18% de la humanidad (OMT, 2019). Esta explosión reciente de la presión turística está suponiendo un tsunami metabólico que intensifica todas las fuerzas que han venido moldeando la ciudad neoliberal durante las últimas décadas. Lo que provocamos como turistas en todas partes del

mundo lo sufrimos como habitantes en nuestras propias ciudades. Las subidas de los precios de los alquileres con sus desplazamientos forzados a periferias cada vez más lejanas. La congestión cotidiana. Y esa especie de industria extractivista inmaterial (Marina Garcés, 2017) que es la turistificación, consistente en explotar comercialmente, en un proceso que las arruina como las plantaciones de soja arruina la fertilidad de la tierra, las singularidades antropológicas que los lugares han podido preservar frente al impulso cortoplacista de la ganancia fácil. Y que por tanto no son replicables en todas partes como si fueran una simple franquicia: arquitectura, paisaje, costumbres, escenas musicales, fiestas, gastronomía. Desterritorialización tecnológica y urbanística, gentrificación, turistificación o hedonismo de masas son realidades consolidadas en la ciudad neoliberal que una revisión de la propuesta psicogeográfica tendría que incorporar a su mapa de conflictos. Pero además hay que hacerse cargo de dos inmensas consternaciones históricas que surrealistas y situacionistas no conocieron. La primera, el fracaso del ciclo revolucionario socialista, y con él la devaluación mitológica de la idea de revolución. La segunda, la extralimitación ecológica de la sociedad industrial constatada por la ciencia moderna a partir de los años ochenta del siglo XX.

Impugnar el “no hay alternativa” thatcheriano es una tarea política que hoy debemos hacer desde la conciencia de una profunda orfandad mítica, y por tanto de una cierta humildad. El relato trascendente, sin el cual la fuerza histórica del movimiento socialista no se explicaba, ha fallado. La emancipación social tiene aún pendiente salir del trauma que ha supuesto descubrir que la historia no sopla a nuestro favor. O que todos nuestros logros y victorias ya no podrán pensarse supeditados una gran explosión social rápida y definitiva, ante cuyo advenimiento cabe hacer todos los sacrificios. Y cuya inevitabilidad condiciona todos los cálculos. Surrealistas y situacionistas fueron hijos de este esquema hoy refutado por los hechos. Fueron, por tanto, poco proclives a encontrar mediaciones pragmáticas, articulaciones posibilistas y pactos tácticos de coexistencia con lo establecido. Estos aparecían ante sus ojos como retrasos de un movimiento dialéctico irreversible que, aun en sus efectos negativos inmediatos, siempre ascendía hacia una unidad superior. En el siglo XXI reproducir el estilo profundamente aristocrático y vanguardista que esta concepción del cambio histórico impone a la práctica poética y política se ha convertido un lujo esnob que la psicogeografía debe rechazar.

En cuanto a la extralimitación ecológica, esta nos ha arrojado a una encrucijada evolutiva inédita, que está llamada a trastornar todos los parámetros de nuestra civilización. Por primera vez en la historia de la especie la humanidad deberá transitar a una matriz energética con rendimientos más pobres (de los fósiles a las renovables), y hacerlo sobre un mundo ecológicamente lleno. Las implicaciones son colosales tanto en un

plano técnico (volver a vivir del sol), como en un plano socioeconómico (organizar una economía de estado estacionario basada en parámetros cooperativos que reparta justamente el espacio ecológico), como en los imaginarios (desear austeridad, aceptar la interdependencia y la finitud, abandonar la prepotencia antropocéntrica).

En tiempos de crisis ecológica cualquier proyecto humano, también el de una revolución cultural liberadora, ha cambiado para siempre. Si Marx decía que en el joven capitalismo de 1848 “todo lo sólido se desvanece en el aire”, en las sociedades capitalistas del 2020, que están ya bordeando el colapso ecológico, todo lo que estaba en el aire se derrumba. Esto ha desautorizado el programa situacionista en uno de sus presupuestos fundamentales: el optimismo técnico cimentado en una plétora energética. Desde la abolición del trabajo hasta la construcción de situaciones, el plan requería beber a grandes tragos de ese cuerno de la abundancia material que, como trofeo de la victoria humana en la conquista de la naturaleza, podríamos obtener tras quitarnos de encima, mediante terapia revolucionaria, el sonambulismo social impuesto por la divisoria de clases y la mercancía. Pero la escasez de minerales (para energías renovables, infraestructura robótica e el internet de las cosas) es un cuello de botella insuperable para que la IV Revolución Industrial pueda universalizarse (Santiago Muíño 2018). Sus avances serán parciales, y directamente proporcionales al privilegio geopolítico que actores imperiales del sistema mundo pueda imponer a costa del resto. Así pues, como cualquier inteligencia materialista sabe, el urbanismo unitario que concibió Gilles Ivain llamándonos a construir La Hacienda, y que las maquetas de New Babylon de Constant prefiguraron plásticamente, han entrado ya a formar parte del catálogo histórico de delirios geniales de la imaginación utópica. La psicogeografía, entendida como metodología de investigación al servicio de estas ciudades lúdicas, se ha convertido en una pieza para cazadores de curiosidades asombrosas entre los futuros historiadores de la ideas. La psicogeografía que necesitamos para despertarnos de la pesadilla del Antropoceno es otra.

Psicogeografía del ahí contra post-turismo

Las cifras habituales atribuyen el 2% de las emisiones de gases de efecto invernadero al turismo. Pero un trabajo reciente publicado en *Nature Climate Change* mejora el cálculo: si se tienen en cuenta las emisiones asociadas a satisfacer los sobreconsumos turísticos, estas ascienden hasta el 8% del total (Lenzen et al. 2018). Lo que equipara el turismo con los grandes iconos de la catástrofe climática en curso, como la ganadería intensiva de vacuno o los automóviles. Para el último año con datos fiables, en el caso de España, una superpotencia mundial en el sector, cuando

recibíamos 60 millones de turistas al año, el turismo era responsable del 10,6% de nuestra huella ecológica (Cadarsó et al. 2015). En el año 2018 recibimos más de 80 millones. Si España ya es un país deudor en términos ecológicos, y solo podemos vivir importando espacio planetario (o desposeyendo a otros), este acaparamiento de recursos por encima de nuestras posibilidades territoriales se intensifica con el incremento poblacional del turismo.

En los últimos años se ha popularizado el término post-turismo. El neologismo, nacido de las agencias de marketing, y que correspondería a una intensificación de lo que los estudiosos llaman turismo posfordista, hace referencia a una nueva vuelta de tuerca de la industria turística en la búsqueda de la segmentación especializada de su mercado. Ante el consumidor *millennial* se quiere ofrecer un producto disruptivo ajustado algorítmicamente a sus preferencias, que sustituya el sabor prefabricado del producto turístico por la mística intangible de la "experiencia". "Ya no queremos hacer turismo, ahora queremos tener experiencias" (Molins, 2017). Con estas declaraciones del director de una empresa de viajes a medida, abre *La Vanguardia* un reportaje sobre la emergencia del post-turismo.

El fenómeno del post-turismo solo puede reforzar y acelerar el desastre climático en curso. Para ello, como hemos visto, puede incluso tomar la psicogeografía histórica, una vez depurada de todas sus implicaciones políticas, como una fuente de inspiración a la hora de prefabricar nuevos formatos de viaje auténticos. *The Lonely Planet Guide to Experimental Travel* ha abierto una brecha que tenderá a crecer. En esta nueva batalla por el deseo, ese conjunto de práctica que hemos llamado psicogeografía puede volver a jugar un papel emancipador si ajustamos su marco conceptual a las características de la lucha política en un neoliberalismo encaminado al colapso ecológico. Esta tarea está por hacer. Pero su mejor contribución sería ayudar a cortocircuitar nuestra sed de exotismos lejanos, sin la cual no funcionaría la industria turística, volviendo exótico lo próximo. Mezclar el *Formulario de Nuevo Urbanismo* de Gilles Ivain con la obra poética de Jorge Riechmann. Defiende este último que "el paraíso está realmente ahí, al otro cabo de la calle, a la vuelta de la esquina, si uno sabe verlo, olerlo, abrazarlo" (Riechmann, 2013: 37). Y continúa en líneas que merecen la pena ser recordadas:

Nos admira la gesta o los gestos de aquel viajero sobre el que llegan escuetas noticias: se fue al Tíbet, al Japón, al Paraguay, a tal ciudad mítica, a aquella isla remota, allí vive fuera del tiempo y se busca a sí mismo. Pero la leyenda es lastre. No hace falta fatigar lejanas geografías. Lo que puede buscarse allá también está muy cerca: en Torrejón de Ardoz, en Tarazona, o en Vélez Málaga (Ibíd: 50).

Un coctel entre las propuestas de Ivain y Riechmann daría lugar a algo así como una *psicogeografía del ahí*.

En la Plaza de Pradillo de Móstoles, ciudad dormitorio de clase obrera de la conurbación madrileña, muy cerca de la salida de la estación de Metro, existe un quiosco administrativo abandonado. Durante un tiempo funcionó como la sede de la oficina de información turística. Un mostrador de bienvenida que ofrecía a los visitantes recién llegados el menú del patrimonio arquitectónico e inmaterial mostoleño.

Entre los objetivos del Plan Estratégico diseñado durante los gobiernos conservadores del Partido Popular estaba convertir a Móstoles en un destino turístico, aunque fuera de tercera división. Aprovechando la conmemoración del bicentenario de la rebelión contra la ocupación francesa, cuya chispa nacional saltó con la publicación de un bando insurreccional del alcalde mostoleño, el PP presentó un modelo de ciudad que era, a la vez, un experimento identitario: la gran fecha serviría para simbolizar que Móstoles pasaba la página del estigma de ciudad dormitorio y el barrio marginal ("Bronxtoles"). *Dignificar la ciudad* era el mantra que resumía aquella operación política. Con este paquete narrativo como telón de fondo, "redireccionar la potencialidad turística y patrimonial de Móstoles" se estableció como uno de los objetivos de su nuevo modelo socioeconómico. Aunque el propio plan admitía que Móstoles no sobresale por su patrimonio cultural, se defendió que a pesar de ello este ofrecía oportunidades "para aumentar su riqueza económica y visual" si las instituciones dedicaban esfuerzos a la formación y la profesionalización del sector.

El sueño turístico mostoleño ha sido cualquier cosa menos original, y se explica en un contexto histórico en el que las administraciones públicas españolas están empujadas a promover todo tipo de disparates. En las economías neoliberales, terciarizadas y financiarizadas, los ritos del fetichismo de la mercancía adquieren una expresión especialmente brutal. Cada vez más salvajes, pero también cada vez más barrocos, proliferan por todas partes nuevas formas de sacrificios humanos (territoriales, generacionales) en pos de aplacar la ira de la libre circulación de capitales, y si es posible obtener su beneplácito. Intentar atraer dinero de turistas es uno de los estribillos más recurrentes de esta moderna danza de la lluvia. Como afirma Sergio del Molino (2016), en este contexto muchos lugares descolgados de las cadenas globales de valor no tienen opción. El pasado es una de las pocas cosas que se puede volver rentable. Y no hay Ayuntamiento que se pueda permitir escapar a la maldición de intentar poner "sus cosas en leyenda". Móstoles no podía ser ajena a esta dolencia nacional. La Mancha lo intenta con el Quijote. Asturias museificando la minería. Extremadura hace lo propio con los conquistadores. Móstoles, menos dotado, recurre al alzamiento contra los franceses.

La empresa del turismo mostoleño fracasó. La oficina sigue existiendo, pero fue escondida en un cajón, dentro del poco concurrido Museo de la Ciudad. Fue un ejercicio de construcción social demasiado voluntarista, demasiado unilateral. Por mucho que se retuerzan y se adulteren sus encantos, Móstoles carece y carecerá de todo aquello que llama la atención de un turista medio.

Dignificar la vida en Móstoles, y en los miles de Móstoles que pueblan las periferias urbanas del mundo. Pero hacerlo en sentido exactamente contrario al del modelo de ciudad, y al modelo de ser humano, que buscaba el PP: esa puede ser la mejor contribución de una psicogeografía del ahí. Que por supuesto, si las tesis de Riechmann son correctas, también puede y debe funcionar en un lugar como Móstoles, a pesar de su fama de ciudad fea por excelencia, con disposiciones del terreno que muchas sensibilidades encontrarán objetivamente deprimentes.

Por supuesto, en el reencantamiento psicogeográfico de sitios como Móstoles el lado subjetivo de la ecuación es importante, ya que la psicogeografía solo se puede entender asociada a una mirada intencionalmente diferente. Pero no basta. El potencial realmente subversivo y novedoso de la psicogeografía del ahí es la premisa de que las condiciones objetivas de lo maravilloso, por emplear una categoría querida por el surrealismo y tristemente apartada del debate actual, están geográficamente muy bien repartidas. Se dan realmente en todas partes. Incluso en los lugares aparentemente más desfavorables.

Mi experiencia de paseos y derivas mostoleñas, que espero dar forma y sistematizar pronto en un pequeño libro, confirma que la hipótesis central de una psicogeografía del ahí es correcta. Pasear por Móstoles con vocación psicogeográfica es un juego con premios seguros y fascinantes. Por supuesto, también en Móstoles la belleza es muy fácil si uno recorre sus numerosos parques, o sus alrededores de decadencia agrícola, bajo los efectos de ciertos cambios de luz. O atendiendo al desfile cromático que acompaña al paso de las estaciones. O recuperando la calle entre escamas de agua y charcos como escombros del cielo después de una de sus copiosas tormentas de verano.

Pero Móstoles alberga bellezas de lugar y de situación más específicas, que desbordan la gratificación sensible universal (por otra parte imprescindible) que se puede obtener en cualquier sitio cuando se frecuenta la frontera entre lo humano y lo natural, definido esto como lo que se reproduce con independencia de nuestros actos, aunque sean procesos antropogénicamente intervenidos (lo cósmico, lo geológico, lo ecosistémico o lo atmosférico). Por ejemplo, la desorientación particular que provoca su

trazado urbano caótico, repleto de callejones, patios interiores, pasadizos, calles ciegas, toponimias intermitentes, líneas rotas y sorpresas, pues Móstoles es una ciudad que sus propios urbanistas califican de "ilegible", producto de un proceso de urbanización salvaje y compulsivo. En la aparente uniformidad de su lenguaje arquitectónico, Móstoles presenta dialectos y acentos muy variados, ornamentos desconcertantes, edificaciones convencionales con acabados evocadores y sugestivos, en los que nadie suele reparar.

Móstoles es también fértil para interpretaciones simbólicas estimulantes, y copiosa en eso que el Grupo Surrealista de Madrid denomina "irracionalidades concretas", pequeños y hermosos momentos de suspensión del sentido por la yuxtaposición de elementos imposibles. Y por supuesto, si además vives en Móstoles (y explorar lo conocido es el elemento vertebral de una psicogeografía del ahí) se abren toda una serie de posibilidades psicogeográficas muy atractivas. En primer lugar, Móstoles ha sido y sigue siendo escenario tanto de luchas sociales importantes (el centro social okupado más longevo del Estado español está en Móstoles, *La Casika*) como de rebeldías estéticas y contraculturales interesantes (con mucha pujanza en el grafiti y en algunas escenas musicales underground) que han dejado y siguen dejando sus reverberaciones en el plano de la ciudad. En segundo lugar, cualquier paseo por Móstoles es una lotería de encuentros que pueden cambiar el rumbo del día, pues Móstoles conserva mucho de lo que asociamos al imaginario de un barrio: vínculos densos, círculos sociales extensos y mucha vida de calle. Un sitio, en definitiva, con cuerpo de ciudad y alma de pueblo. Esta mixtura que entremezcla la variabilidad e innovación de la ciudad, y la calidad comunitaria y acogedora de un pueblo, asienta un paisaje antropológico en el que siempre merece la pena reincidir en pequeñas aventuras cotidianas.

Esta breve relación de las posibilidades de una *psicogeografía del ahí* aplicadas al caso mostoleño, que son fruto empírico de un ejercicio en curso que espero sistematizar pronto, sirve para ilustrar el potencial transformador de esta sinapsis entre los planteamientos de Ivain y Riechmann. El resultado es algo que nos ayuda a minimizar los impactos ecológicos de nuestro modelo de felicidad. Que contribuye a reterritorializar la percepción. Que nos facilita reconquistar esa cosa vieja que se nos ha ido perdiendo con la destrucción del paquete antropológico del neolítico de la que siempre se lamenta Santiago Alba Rico: *habitar*. Y por tanto tener un lugar, en una comunidad, que es la única forma de ejercer nuestro derecho al mundo sin destruirlo.

Bibliografía

- Alba Rico S. (2017) *Ser o no ser (un cuerpo)*, Barcelona, Seix Barral.
- Aragon, L. ([1926] 2016), *El aldeano de París*, Madrid, Errata naturae.
- Bellver J. (2018) "La Cuarta Revolución Industrial ante la crisis ecológica" en VVAA, *La Cuarta Revolución Industrial desde una mirada ecosocial*, Clave Intelectual, Madrid.
- Benjamin W. ([1982] 2007), *El libro de los pasajes*, Akal, Madrid.
- Breton, A. ([1950] 1996), "Pont Neuf", en *Vuelta*, nº232, marzo 1996.
- Breton, A. ([1927] 1997), *Nadja*, Cátedra, Madrid.
- Breton, A. ([1937] 2000), *El amor loco*, Alianza, Madrid.
- Cadarso M.A. et al. (2015), Quantifying Spanish tourism's carbon footprint: the contributions of residents and visitors. A longitudinal study, *Journal of Sustainable Tourism*, DOI:10.1080/09669582.2015.1008497
- Debord, G. ([1955] 2001a), "Introducción a una crítica de la geografía urbana", en Internacional Letrista, *Potlatch*, Madrid, Literatura Gris.
- Debord, G. ([1958] 2001b), "Teoría de la deriva", en Internacional Situacionista, *Internationale Situationniste #1-6 vol.1 La realización del arte*, Madrid, Literatura Gris.
- Debord, G. (1967), *La sociedad del espectáculo*, en Archivo Situacionista Hispano, Página web: <http://www.sindominio.net/ash/espect.htm>
- Galbraith, J.K. ([2015] 2018), *El fin de la normalidad. La gran crisis y el futuro del crecimiento*, Madrid, Traficantes de sueños.
- Garcés, Marina (2017) "Desmarcar Barcelona" —conferencia—. En: <https://www.cccb.org/es/multimedia/videos/desmarcar-barcelona/210419>
- Ivain, G. ([1953] 2001) "Formulario para un nuevo urbanismo", en Internacional Situacionista, *Internationale Situationniste #1-6 vol.1 La realización del arte*, Madrid, Literatura Gris.
- Lenzen M. et al. (2018), "The Carbon Footprint of Global Tourism", en *Nature Climate Change*, nº 8, págs 522–528.
- Lesmes, D. (2011), "El flâneur, errancia y verdad en Walter Benjamin", en *Paralelaje*, nº6,- Página web: <http://www.paralaje.cl/wp-content/uploads/2014/11/6-2-LESMES-DOSSIER-173-556-1-PB.pdf>

Del Molino, S. (2016), *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*, Madrid, Turner.

Molins A. (2017), "La era del post-turismo", *La Vanguardia*, 4-06-2017- Página web: <https://www.lavanguardia.com/vida/20170604/423174493925/edad-post-turismo-millennials-busqueda-experiencias.html>

Moruno, J. (2015), *La fábrica del emprendedor. Trabajo y política en la empresa mundo*, Madrid, Akal.

Mumford, L. ([1961] 2012), *La ciudad en la historia*, Logroño, Pepitas de calabaza.

Naredo J.M. y Montiel A. (2011), *El modelo inmobiliario español y su culminación en el caso valenciano*, Icaria, Barcelona.

OMT (2019) Tabla de datos. Página web: <https://www.unwto.org/es/unwto-tourism-dashboard>

Riechmann, J. (2013) *Ahí es nada. Nueve ensayos sobre el mundo, la poesía y el mundo*, Bilbao, El Gallo de Oro.

Santiago Muño, E. (2018), "Los frutos podridos de la economía política. Notas por un posmarxismo ecológicamente fundamentado", en Riechmann et al. *Ecosocialismo descalzo: tentativas*, Barcelona, Icaria.

Sorando D. y Ardura A. (2016). *First we take Manhattan. La destrucción creativa de las ciudades*, Madrid, Catarata.

Steffen W. et al. (2015), "The trajectory of the Anthropocene: The Great Acceleration", en *Anthropocene Review*, 2(1), 81-98.

Zukin, S. (1982), *Loft Living. Culture and Capital in Urban Change*, Baltimore, John Hopkins University Press.

Notas

¹ Este artículo forma parte del proyecto *I+D+i Humanidades ecológicas y transiciones ecosociales. Propuestas éticas, estéticas y pedagógicas para el Antropoceno* (PID2019-107757RB-I00.2020-2022), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación en la convocatoria de Retos 2019.